Amante de acero gris

Un trabajo fácil y sin riesgo

Un brusco temblor, seguido de un fuerte estruendo y una densa nube de humo provenientes del estabilizador de cola me alertan de que, pese a la maniobra de evasión del piloto, nos han alcanzado desde tierra. Nuestro *Embraer 314* tiene serios daños en la parte trasera del fuselaje. Desde el lugar que ocupo observo unas pequeñas llamas. La pantalla del sistema de navegación se ha fundido a negro. El copiloto pasa con dificultad por el estrecho pasillo que queda ante mí. Lleva ajustado ya el arnés del paracaídas y maneja un extintor con el que intentará sofocar el incendio. Abro el cajón de mi mesa, saco el mapa de vuelo y lo extiendo. Voy a utilizarlo para sustituir al radar inservible. Desenfundo mi pistola y la coloco encima para sujetarlo. De nuevo admiro las tentadoras curvas de su empuñadura en perfecta armonía con el tono gris de su cuerpo de acero. ¡Qué bella es!

Por un momento cierro los ojos y veo al niño que fui hace poco más de veinte años. Entonces aprendí a *fabricar* pistolas utilizando las pinzas de madera con las que mi madre tendía la ropa al sol en la terraza. Las hacía en cuestión de segundos: desmontaba una completamente, soltaba el muelle metálico y lo colocaba invertido sobre una de las palas; luego, con el extremo recto de la otra, empujaba el pivote libre hasta encajarlo en la hendidura central. Así quedaba el hueco suficiente para que pasara otra pinza entera que mantenía la pala firmemente encajada. El muelle era el gatillo y la pala sobrante el proyectil que salía disparado al apretarlo. Un trabajo de artesanía, fácil y sin riesgo.

Dediqué tanto tiempo a perfeccionar la técnica que llegué a tener tres cajas de zapatos llenas de pistolas, ya inservibles por el desgaste a las que las había sometido. Los laterales estaban repletos de muescas que había ido limando cada vez que uno de los aviones de papel, también plegados con mis manos, caía abatido por el impacto del proyectil. Antes de guardarlas les ponía pegatinas con banderas y escudos que recortaba de los tebeos. Allí reposaban como testigos mudos de mis hazañas bélicas.

A medida que fui perfeccionando mi puntería, cambié de tipo de munición para complicar más las batallas. Sustituí la pala-proyectil por güitos de cereza en verano y huesos de aceituna en invierno. Espoleado por mi espíritu perfeccionista, tuve que inventarme disparos en posturas cada vez más complicadas para dificultar el acierto sobre aquellas dianas móviles.

También cambié los modelos de avión. Pasaron de ser al principio lentos planeadores con pequeños *flippers* recortados en sus alas, a veloces flechas de morro puntiagudo y alas estilizadas. Lanzaba el avión por detrás de mi espalda y con la misma mano desenfundaba la pistola. La maniobra era rápida y precisa, casi intuitiva. La pequeña munición vegetal siempre hacía blanco en el avión que caía fulminado por el impacto. Un trabajo fácil y sin riesgo. Incluso conseguí acertar con los ojos cerrados, guiado únicamente por el leve zumbido del aire al desplazarse el avión en el corto espacio de mi habitación. Pistolas y aviones fueron los únicos juguetes de mi infancia.

Mis recuerdos se borran un instante al ver regresar al copiloto hacia la cabina de vuelo. —He conseguido extinguir el fuego de cola —me dice nervioso—. Si logras establecer la ruta de regreso con el mapa tendremos muchas posibilidades de llegar hasta la base. Asiento, pero sin convicción. Agradezco para mis adentros que no me haya reprochado la falta de atención para detectar el proyectil antes de que nos alcanzara.

Mi padre siempre me inculcó el amor a las armas. El salón de nuestra casa era un verdadero museo militar. Allí guardaba, en un armario cerrado, los recuerdos de su frustrada carrera en el ejército. Mutilado de guerra —sirvió en la División Azul— conservaba como un tesoro varias medallas por su campaña en Rusia. En una vitrina guardaba el más preciado de sus tesoros: el fusil *Mauser 1893* con el que se luchó en la guerra de Cuba. Perteneció a mi abuelo y ahora, una vez inutilizado por el BOPE, ocupaba el lugar más destacado.

Pese al continuo fracaso en mis estudios, mi padre, al cumplir los doce años me regaló una escopeta de aire comprimido que había comprado al dueño de una barraca de feria quien iba a vendérsela a un chatarrero porque la culata incluso estaba agrietada por la mitad, tenía el punto de mira algo oxidado y muy desgastado por el roce de los dedos pulgares ensalivados de los tiradores, con el repetido gesto de hacer puntería miles de veces. Me las apañé para sujetar con alambre la culata, limpié el óxido con vinagre de alcohol, calibré la rueda de la mirilla y, cuando estaba a solas en la terraza, disparaba a los globos de colores que los domingos vendía un hombre en la esquina de la calle frente a mi casa. Un trabajo fácil y sin riesgo que, inexplicablemente, no duró mucho. Pronto, el vendedor y sus globos desaparecieron de la esquina.

Intento trazar sobre el mapa la ruta de regreso. Echo de menos la pequeña brújula de mi llavero, que dejé en la taquilla del cuartel debido a la estricta prohibición de llevar objetos personales cuando salimos a un *raid*. Calculé que deberíamos estar en los 34º de latitud Norte y 67º de longitud Este. Lo marco sobre el mapa, trazo la línea hasta nuestra base y se lo muestro al piloto. Convencido de la inutilidad de mis esfuerzos, regreso a mi puesto.

Recupero las imágenes de aquel verano en la casa del pueblo de mi amigo Enrique. Él tenía dos escopetas de aire comprimido y muchas cajas de balines y perdigones. Pasé una semana inolvidable disparando a las palomas que se posaban al atardecer en los tejados de las casas cercanas. Pude haberlas matado a centenares, pero me limité a dejar cojas o con algunas plumas menos a cuantas se me pusieron a tiro. Un trabajo fácil y sin riesgo. Pensé que, aunque tullidas podrían seguir viviendo. Fue un gesto humanitario y generoso por mi parte: dejarlas vivir, aunque quedaran lisiadas o con un ala levemente dañada.

El recuerdo más emocionante de mi juventud fue el del día en que cumplí los dieciocho años. «¡Arriba muchacho! ¿Es que no oyes el toque de diana?», gritó mi padre desde la puerta de mi

habitación. «A sus órdenes mi brigada» contesté, al tiempo que, de un salto, me puse firmes en el suelo.

Mi padre siempre me había aleccionado para ser puntual y disciplinado, así que, muy temprano fui a la oficina de reclutamiento del Ejército del Aire, en la calle Rodríguez Marín, para alistarme como soldado voluntario; sería la mejor oportunidad para tener en mis manos una verdadera pistola. Pero no fue así. En la oficina de alistamiento me asignaron al centro de transmisiones del aeropuerto militar de Cuatro Vientos. Debido a mis escasos estudios, pero gracias a mis antecedentes familiares, me destinaron a la Escuela de Tropa del servicio de radiotelegrafía.

Fueron dos años de frustración constante. Observaba con envidia a mi oficial, luciendo su pistola en el cinto cuando salía de maniobras o en los desfiles. Sentía unos terribles celos por no ser yo quien pudiera acariciar la suave textura de aquel sinuoso cuerpo de acero. De nada sirvieron mis intentos para ganarme su confianza, ni siquiera conseguí que me dejara limpiarla. «Un trabajo fácil y sin riesgo», le dije, tratando sin éxito de convencerlo.

Una vez transcurridos los dos años firmados, pedí la licencia y comencé la búsqueda de empleos donde pudiera entrar en contacto con pistolas. Recorrí tiendas de armas y artículos de caza, pero en ninguna me admitieron. Me presenté a oposiciones para policía municipal, guardia civil y empresas de seguridad, pero mis escasos estudios impidieron que consiguiera superar el examen teórico que me exigían. Mi frustración iba en aumento porque no conseguía pasar al segundo —la prueba de tiro—, en el que estaba seguro de que podría demostrar mi verdadera valía. No conseguí obtener la licencia de armas, ni tampoco me aceptaron en un circo como sustituto de un hombre a caballo que hacía un número vestido de Buffalo Bill.

Casi había cejado en mi empeño cuando la suerte, por una vez en mi vida, vino a ayudarme. Empecé a servir mesas en el *Foster Hollywood* de la calle Génova y una tarde dos hombres se sentaron a una de las que me tocaban. Uno de ellos llevaba una cazadora negra con un escudo blanco estampado en la espalda en el que podía leerse la palabra *Redwater* dentro de una elipse sobre la figura de un bisonte.

Mientras les servía unas costillas con salsa barbacoa traté de escuchar retazos de su conversación. El de la cazadora decía con voz alta y grave que había ganado mucho dinero como francotirador en un país del Medio Oriente: «Un trabajo fácil y sin riesgo», comentó. También le oí decir que su empresa —la del escudo de la cazadora— pagaba muy bien y que, si eras un tirador de élite, podías conseguir una fortuna. Puso encima de la mesa una *Smith & Wesson SW1911* con cachas de nácar y le escuché que se la había comprado a un coleccionista por diez mil dólares: «Es un capricho, pero puedo permitírmelo», dijo a su amigo con una amplia sonrisa.

Ni siquiera me entretuve en pedir el finiquito. Me quité el uniforme y unos minutos más tarde estaba sentado en un cibercafé de la plaza de Santa Bárbara. Tecleé la palabra *Redwater*. Ante mí se abrió una página en la que, entre fotos y textos, logré encontrar lo que, sin duda, era una solicitud de empleo escrita en inglés. No entendía el encabezado de las casillas que debía rellenar, pero era

tanta mi impaciencia que pregunté al muchacho de la mesa contigua si sabía algo de inglés y al responderme afirmativamente le pedí que me ayudara. Al principio se quedó bastante sorprendido, pero al fin logré convencerle. Entre los dos conseguimos rellenar la solicitud, aunque a menudo me dirigía más de una mirada entre perpleja y amedrentada.

Pedían, además de los datos personales, referencias o avales de alguna persona u organismo. Dejamos esas casillas en blanco y rellenamos el resto con los datos que solicitaban: idiomas, trabajos desempeñados, tipos de armas en las que se era experto, referencias como agente al servicio de la ley o en servicios secretos y otra serie de cuestiones que, por supuesto, me inventé.

Pasé dos semanas sumido entre la incertidumbre y el pesimismo, pero al fin llegó la respuesta por correo. Al principio no presté atención a todo el contenido de la carta porque mis ojos solo se habían fijado en un sello rojo que decía: *ACCEPTED*. Dentro del sobre venía también un billete de avión *open*. Era tal mi impaciencia que al día siguiente me dirigí al mostrador de *AMERICAN AIRLINES*, en Barajas. El destino indicaba *New York JFK*. Allí me estarían esperando para trasladarme a Durham, en Carolina del Norte, donde me incorporaría a la empresa para hacer las prácticas.

El entrenamiento fue muy duro y exigente, pero gracias a Dios, solo duró cuatro semanas. La mayoría de los novatos éramos hispanos y nuestro sargento instructor tenía un marcado acento cubano. Recuerdo la emoción que sentí en el momento en que me entregaron la pistola reglamentaria con el resto del equipamiento: una *Beretta 92FS 9mm.* de 15 disparos. Siempre la tenía al alcance de mi mano. De día, después del ejercicio de tiro, me gustaba montarla y desmontarla varias veces, introducirle la baqueta por el cañón y atravesar su alma para mantenerla limpia de los restos de pólvora. De noche, la ponía bajo mi almohada y me excitaba acariciando su piel.

Esta mañana, nada más salir el sol, hemos partido para este *raid*, un vuelo de reconocimiento rutinario. Fotos de posiciones ocupadas por desarrapados de turbante y barba oscura, «un trabajo fácil y sin riesgo», nos dijeron.

El piloto alerta de que nos estamos quedando sin combustible. Acaricio con mis manos el cálido cuerpo de mi amante y lo aprieto contra el pecho. Siento que arde en deseos de entrar en acción. Ahora ya estamos a solas los dos —mi *Beretta* y yo— en este pequeño cascarón que se tambalea sin rumbo. Un trabajo fácil y sin riesgo. En seguida, noto también en ella el deseo de acercarse a mis labios para darme su último beso. Mientras el suelo se acerca vertiginosamente cierro los ojos y veo, de nuevo, aquel niño disparando un hueso de aceituna a un avión de papel.